

VENDRELL

EL CANTOR DEL PUEBLO

Por DEL ARCO



AL día siguiente de cantar «El Evangelista» de la «Pasión, según San Mateo», de Bach, el padre de Emilio Vendrell le invitó a almorzar en una taberna y le dijo: «Estoy contento de ti porque me has demostrado que eres un hombre aplicado y has nacido para el canto», y después de arreglar las tuberías de los desagües de una fregadera, su padre, al llegar a casa, sentenció: «Esta es la última faena del oficio; ¡a cantar, no!» En este instante, se perdía un albañil y se ganaba un cantante. Emilio Vendrell ha muerto en su Barcelona, y fue un hombre hecho de abajo arriba. No se le subieron los aplausos a la cabeza, ni la fama ni el dinero modificaron su espíritu sencillo, muy lejos de la pedantería de tantos divos.

Es curioso que al hombre que de niño no la gustaban los libros y por ello su padre le ordenara «a tirar del carretón» y a los trece años era peón albañil, después, ya cantante famoso, fueran su obsesión los libros y tuviera en su casa una espléndida biblioteca. Su iniciación en la música fue por obra y gracia de haber sido monaguillo en Santa María del Mar, y como el chico tenía alguna voz, el maestro director de Capilla, Antonio Comella, le hizo cantar «solos» y Emilio acabó siendo conocido entre la vecindad por «l'àngel del barri». Pero la verdadera escuela la debió Vendrell al «Orfeó Català», a su encuentro con el maestro Millet, y fue porque una señora oyó cantar a un albañil y ella advirtió al director del Orfeón que un chico que trabajaba en la obra de la calle de Jaime I lo hacía muy bien. Aquella señora había cantado con Gayarre y sabía de voces. Poco después Emilio Vendrell era el solista de los Grandes Oratorios, y su padre lo liberó del andamio. Mas Vendrell nunca olvidó al Orfeón y su voz se confundió muchas veces, en estos últimos años, como solista y aun entre el coro. Retirado de la zarzuela y de la ópera, se consideró siempre activo en «su» Orfeó.

Ahora bien, si el cantante se formó bajo la dirección del maestro Millet el hombre se modeló bajo la inteligente dirección de su padre, que no sabía leer, ni escribir y sólo firmar, pero su orientación como padre sirvió para lograr el tipo humano de Emilio Vendrell. El cantante me lo contó así: —Hice el aprendizaje completo del oficio; empecé de peón, después de aprendiz, medio oficial y oficial.

—¿Cuántos años estuvo de albañil?

—Desde los trece hasta los veintiocho, que ya cantaba de tenor solista en el «Orfeó», ganando mucho dinero.

—¿Hizo compatible oficio y arte?

—Sí, señor; lo compartía, porque mi padre, disgustado por mi rebeldía de pequeño, no permitió que yo dejara el oficio, hasta que vio que yo ganaba cinco y hasta seis mil pesetas cantando.

—Y de albañil, ¿cuánto?

—De peón, dos pesetas, y de albañil, seis como los demás, y cada día que yo cobraba en el «Orfeó», o conciertos que daba, volvía a casa y dejaba el dinero en la mesita de noche de mi padre.

—Y el dinero ganado en el andamio, ¿para quién era?

—Para mantenerme, vestirme y me daba una peseta los domingos, que yo guardaba para comprar libros. La cal y el cemento me han hecho hombre y la poesía y la música me han hecho artista.

Y su padre, más tarde, aún le daría una sorpresa; cuando Emilio Vendrell

se prometió con su mujer, Marie Coullier y Capella, le entregó a Emilio una libreta de la Caja de Ahorros con veintidós mil pesetas, diciéndole: «No creas que tu padre ha querido explotarte; con lo que has ganado trabajando de albañil, te has podido mantener y vestir y esto es lo que has ganado como cantante, que es bien tuyo». De tal palo tal astilla, Emilio Vendrell le devolvió la pelota comprándole a su padre, en Tordera, una casa, que le costó veinte mil pesetas; casa que, al morir su padre, se la dejó en herencia.

Emilio, ya de vuelta de su gloria de cantante, se dedicó a escribir, aunque publicó poco. A él le hubiese gustado ser autor teatral. Y probó fortuna, estrenó «Adelaida». Vendrell era el cantante, el autor del libro, el adaptador de la música, traductor de los cantables y principal intérprete. En aquella ocasión y durante el ensayo general, le pregunté:

—¿Por qué ha escrito usted «Adelaida»?

—Porque nadie ha querido escribirme.

—¿Hombre!, explíquese.

—Pues verá; yo tenía metida en la cabeza la canción «Adelaida», de Beethoven, y el tema me inspiraba algo que podía ser desarrollado en una comedia; se lo pedí a Marquina, a Federico Romero y a otros escritores, y en vista de que no se decidían, cogí yo la pluma.

—¿Y su obra qué es?

—Una comedia con ilustraciones musicales. Pero sin música, igual puede representarse.

—Entonces, ¿para qué ha complicado «Adelaida» con ese instrumental lírico?

—Porque creo que si la gente que va al cine se ha aprendido las composiciones de los grandes músicos, y hoy hasta en la cocina se canta la «Serenata» de Schubert, o tararean un «Estudio» de Chopin, no hay razón

para creer que al servirlos en teatro, no acudan.

—Es una razón, efectivamente. ¿Y ha compuesto usted algo para su obra?

—Al lado de Beethoven, Strauss, Schubert, Mendelssohn y Schuman, lo único que se puede hacer es adaptar. ¿No le parece?

—Muy cuerdo, señor Vendrell; ¿y desde cuándo lleva su «Adelaida» debajo del brazo?

—Hace dos años que la escribí.

—¿Le costó mucho?

—Diez días.

—¿Caramba! Y dígame, de usted para mí, ¿qué le parece?

—Estoy convencido que mi comedia es teatral y a mí me gusta mucho y creo que es mejor que muchas de las que yo he representado. Si no tuviera confianza, no la estrenaría a mis cincuenta y tres años.

De este estreno, hace dieciséis años. En otra ocasión reconoció, sin embargo, que era mejor cantante que escritor. Tenía el récord como intérprete de «Doña Francisquita», mil trescientas veces, y la «Dolorosa», que cantó ochocientas ochenta y tres. Emilio Vendrell supo medir sus fuerzas y se retiró del teatro oportunamente. Se conocía muy bien; decía que era un hombre físicamente desordenado y espiritualmente muy ordenado. Su mayor virtud, según él, era dar mucho valor a la amistad y no traicionarse a sí mismo, y reconocía su mayor defecto: «no haber cuidado su voz, como su voz merecía».

En su casa y ante un busto suyo, le dije:

—¿Espera que lo coloquen en alguna plaza?

—No, pero me gustaría sobrevivirme.

—¿Qué espera digan de usted el día de mañana?

—Que ha sido el cantor del pueblo.

—¿Qué quiere que le pongan en su tumba?

—Vendrell.

Hágase su voluntad.

Emilio Vendrell en "El Caserío"

